

EL NIÑO REPUBLICANO DE BERAUN

1936-1940

© 2009, Jaime Rodríguez Salís

© De la presente edición: 2009, **ALBERDANIA, S.L.**

Plaza Istillaga, 2, bajo C. 20304 IRUN

Tel.: 943 63 28 14

Fax: 943 63 80 55

alberdania@alberdania.net

www.alberdania.net

© Portada y diseño de la colección: Antton Olariaga

Impreso en Itxaropena, S.A. c/ Araba, 45, 20800 ZARAUTZ

ISBN: 978-84-9868-177-2

Depósito legal: SS. 1629/09



EL NIÑO REPUBLICANO DE BERAUN

1936-1940

JAIME RODRÍGUEZ SALÍS

ALBERDANIA

Colección A L G A

memoria

*A mi madre, con quien compartí el
exilio cuando yo tenía diez años y
ella treinta y seis*

PRESENTACIÓN

EN AQUELLOS TIEMPOS era demasiado joven todavía para ser detenido, enjuiciado y, menos aún, para sufrir un violento adiós a la vida. Sin embargo, a su alrededor sucedían cosas horribles, pues nuestra guerra civil, nació y creció con el ímpetu de un vendaval devastador.

Jaime y su familia republicana sufrieron el perjuicio de un exilio humillante...

Pero es cierto que la vida está conformada por muy diferentes aristas, y que una de ellas es la propia del buen humor, que es gracia que sabe relegar penas y desdichas. Jaime era habitante por herencia de la notable casona señorial de Beraun, en la que nació y en donde los sucesos y los comportamientos de cada familia irunesa eran tema inevitable de comentarios; por eso, lo que nos cuenta en estas memorias resulta una macla permanente entre lo divertido y admirable, y lo triste y detestable: como es la vida misma.

Un relato escrito con el valor documental que poseen las verdades enteras.

Néstor Basterretxea
Hondarribia, noviembre de 2009

PRÓLOGO

QUIERO ADVERTIR AL LECTOR que estas páginas no tienen ninguna pretensión literaria ni histórica. Se trata de reflejar la memoria de un niño que cumplió diez años en 1936, porque las impresiones que quedaron en su mente infantil pueden también ser parte de la crónica de aquella espantosa Guerra Civil.

Puedo asegurar que todos los hechos a los que me refiero son ciertos. En cuanto a mis comentarios, téngase en cuenta que yo nací republicano y en un ambiente republicano abrí los ojos. Mis padres habían apoyado la República, y mi tío y padrino, Luis Salís, fue alcalde de Irún durante esa época por su prestigio, bondad y honradez.

La República fue una utopía, truncada porque no dejaron que se desarrollara. Tenemos, sin embargo, el buen recuerdo que dejan las cosas que se inician, el recuerdo de nuestro entusiasmo y ansiedad por alcanzar

un mundo mejor. Seguramente esta fórmula política de convivencia en este país también habría fracasado. Nunca lo sabremos, pero podemos al menos mantener ese bonito sueño que fue la República antes de la revolución.

IRÚN

BERAUN

Los primeros recuerdos de una existencia son imprecisos. Imágenes aisladas, sin color, sin ruido; sensaciones que llegan muy débiles, amortiguadas por el tiempo. Recuerdo cómo entraban en el patio de la casa carros de bueyes cargados de manzanas. Lentamente, los bueyes avanzaban hieráticos con su mirada fija e inexpresiva. El acercarse de aquellas cabezotas a la pared del fondo, donde yo quedaba acorralado a un metro de distancia, sería uno de mis primeros terrores.

La casa se llamaba Beraun, donde yo nací en diciembre de 1926. Entonces Irún debía de ser muy pequeño, y Beraun quedaba en el centro del pueblo, pero —según he oído contar a mi madre— en la Guerra Carlista estaba fuera de muros. Durante la contienda, los miqueletes ocupaban el bajo para, desde las aspilleras que aún se conservan, protegerla de los asaltantes. Quizá fuera un cuerpo de guardia a la entrada de la ciudad, igual que fue la casa Kantoia en la calle Larretxipi.

Vivía con mi familia en la casa grande. Tenía todavía vestigios de un caserío de labranza, con sus huertas, corrales, restos de cuadras, monturas de caballerías polvorientas y descompuestas por la edad y falta de uso.

No conocemos exactamente cuándo se edificó la casa Beraun. Estas casas antiguas tienen el atractivo de su origen misterioso. En nuestro caso, sabemos que entre nuestros antecesores no existían ni nobles, ni militares, ni tampoco políticos o religiosos. Cuando se cita a un capitán de Beraun, se trata del antiguo título que se daba a los alcaldes.

Se trataba de una propiedad importante con muehle, molino de mareas y gran superficie de tierras junto a la orilla del río Bidasoa, por los menos desde época romana. Ha tenido que ser, sin duda, un buen lugar de comercio. Y a él se dedicaban nuestros antepasados; al comercio legal y, desde luego, en épocas adecuadas, al contrabando.

Beraun tenía en propiedad una fábrica de curtidos, situada entre la avenida de Salís y la calle de Santiago, que se mantuvo en funcionamiento hasta el año 1936. En el bajo de la casa existe todavía una habitación, ahora oficina, a la que se llamaba *gantegi* y debía de ser el lugar donde se hacían los guantes.

Poseía igualmente un muelle donde atracaban pequeños barcos que llamaban canoas, con las que transportaban cueros hasta el puerto de San Sebastián, según documentos de la Aduana de Fuenterrabía que obran en nuestro poder. En el Archivo Municipal hay también documentación de concesiones a los dueños de Beraun para comerciar en la zona de Irún, Fuenterrabía y Oyarzun con alubias y garbanzos traídos por barco desde San Sebastián.

Suelen contar que en la Primera Guerra Mundial se cerró la frontera. Francia, sin embargo, tenía necesidad de muchos artículos que le podía proporcionar España; entre ellos, cueros. En aquel momento, la curtiduría era propiedad de mi abuelo José Salís, en sociedad con su primo Nemesio Camino, dueño de la finca El Pinar, que los iruneses de cierta edad recordarán. A estos dos señores, que eran, al parecer, unos caballeros, les propusieron unas operaciones muy fuertes de contrabando, puesto que la fábrica que poseían estaba en una situación privilegiada para realizarlas. Rechazaron la propuesta, actitud que a nosotros, nietos también de Aquilino Rodríguez Balzola, no nos ha producido admiración.

Seguramente nunca conoceremos lo que se ha hecho en esta casa a través de los años, porque todos estos movimientos y operaciones fronterizos se suelen realizar con la máxima discreción. Hemos encontrado en los lugares más inesperados documentos, sobre todo del siglo XVIII, en los que se habla de dineros que salen de Tudela y de otros lugares de Navarra y llegan a Bayona. Eso nos hace pensar que había un movimiento importante de fondos a través de la frontera, gestionado por gente de esta casa.

También contaba Beraun con sidrería y lagar, desaparecidos con la Guerra Civil de 1936. Abandonada la casa y exiliados sus propietarios a Francia, fue saqueada por las tropas que venían de Navarra y también por la gente que había permanecido en el pueblo.

El nuestro habrá sido seguramente uno de los últimos establecimientos de este tipo en la comarca. Nos referimos a un edificio en el pueblo, con manzanal propio y sidrería abierta al público. Yo lo recuerdo en funcionamiento con sus quince o veinte *kupelas* alineadas en un inmenso local, con paredes de piedra de sillería y postes y vigas de roble que ocupaban toda la parte baja. Excavado a un nivel más bajo que el terreno natural, su suelo era de tierra pisada. El lagar situado en el primer piso de la

casa, que llamábamos *tolar*, recibía la manzana, que se almacenaba en la *ganbara* o desván.

En la temporada de sidra, Fermina, una fuerte baztanesa, atendía al abigarrado público de *kaletarras* y caseros. Pasaban horas bebiendo y jugando a la toca debajo de los centenarios plátanos, algunos de ellos todavía en pie. En aquel tiempo, Irún era un pueblo alegre y próspero, con fuertes ingresos de la Aduana y, sobre todo, del contrabando. Lo que más llamaba la atención de las sidrerías de aquella época –y es una prueba de la fuerza de la tradición– era el sistema que se utilizaba en la venta al detalle. Todas las sidrerías tenían un tinglado con el mismo diseño. Un pequeño mueble de madera clara, que hacía al mismo tiempo las funciones de asiento y de mesa. Se parecía algo a los tacatacas de los niños de ahora. Era un recinto móvil que se colocaba al costado de la cuba cuya sidra se estuviera vendiendo en ese momento.

La sidrera –siempre era una mujer la que ejercía ese oficio– ocupaba el minúsculo asiento interior. Delante tenía la tabla de chopo lejiada que hacía las veces de mostrador, con los vasos limpios. A su derecha un gran barreño lleno de agua, donde se enjuagaban los vasos utilizados. En nuestra casa había agua corriente,

y también la había en la mayoría de las sidrerías, pero, al parecer, no se podía prescindir del barreño de zinc, algo claramente antihigiénico y, sin duda, fuente de toda clase de contagios.

Además de la sidra, base de la actividad, se elaboraba la *zizarra* con las primeras manzanas que caían del árbol, de poca calidad, dulzona y de bajo grado alcohólico. Se vendía antes de fermentar. Más importante era la *pitarra*, sidra mezclada con agua; era una bebida refrescante, ligera, y se tomaba sobre todo en verano. Diversificadas así las elaboraciones, se obtenía el producto final e importante: la sidra, generalmente de gran calidad.

Desde las ventanas de la vieja fachada de Beraun se podía observar un banco de piedra muy largo que, más o menos, correspondía al recorrido de la toca, juego siempre presente en las sidrerías. Con buen tiempo y en las temporadas de apertura, se llenaba de parroquianos. Trataban de golpear la pletina curva de la toca, instalada dentro de una caja de madera, con las fichas redondas de hierro. Todavía resuena en mis oídos el chasquido metálico de los golpes acertados y el ruido sordo de las fichas fallidas al golpear la madera. Los gritos y risas de los jugadores tenían un fondo en euskera, muy utilizado en Irún entonces y en esos ambientes. Algo que también

recuerdo con claridad es la habitual presencia de *ijituas* –gitanos vascos– que participaban en el juego.

El declive de las sidrerías en nuestro país en estos últimos cincuenta años ha sido continuo. Pensamos que la causa principal de esta decadencia es el abandono del manzanal hasta su casi total desaparición. Antes de la Guerra Civil, San Sebastián era el mayor productor de sidra de la provincia, pasando su producción anual del millón y medio de litros. Le seguía Irún con medio millón de litros. En aquel momento, Astigarraga, hoy sin duda el centro más importante de producción de esta bebida, no llegaba a los doscientos mil litros. Afortunadamente, se está iniciando un renacimiento. Se plantan manzanos, se elabora mejor y se empieza a dignificar esta bebida tan relacionada con nuestro pueblo.

El motivo de que en Gipuzkoa perduraran las sidrerías en casas antiguas, era su modesta escala y la fuerte tradición que pesaba sobre ellas. Mi abuelo, el pintor marinista José Salís, era la antítesis del empresario del país. Había heredado Beraun con todas sus tierras y también la sidrería, pero comprendía que era un artista y que no tenía facultades para llevarla. Por tanto, se asoció con Sebastián Olaizola, persona muy capacitada y gran conocedor del campo. Nacido en el

caserío Beriyo, era el ascendiente de la saga Olaizola tan conocida en Irún.

Mi madre me contaba que la sidra ayudaba muy poco a la economía familiar, pero el ambiente que proporcionaba durante todo el año era impagable. Los movimientos de la manzana se hacían con carros de bueyes que acudían de los diferentes caseríos de la comarca. Se subían en sacos a la *ganbara* o desván, y la casa se llenaba de un maravilloso olor a manzana. Luego, se trabajaba el fruto en la planta inferior, donde existía un lagar muy antiguo, con gruesas vigas de roble y tornillos o *ardatzak* del mismo material. Los trasiegos a la fila de *kupelas*, que ocupaban todo el bajo de la casa principal, eran el final del proceso en el lagar.

Los socios Salís y Olaizola tenían que determinar qué manzana se compraba, en función de la cosecha prevista y de la climatología del año: “Kaikuegi este año tiene buena acidez, en Bordaberri hay muchas manzanas podridas y en Mazuela [un caserío de Beraun] tienen poco fruto”.

Esta investigación los obligaba a recorrer los términos de Irún, Fuenterrabía y Oyarzun, trabajo, por cierto, agradable y divertido.

El planteamiento del negocio era muy original: no había economistas, ni estudios de mercado, ni análisis

financieros. En un poste de roble, en el bajo del *tolar*, había dos clavos. Uno era para pinchar las facturas pendientes de pago y el otro para las ya abonadas. Si el 31 de diciembre se había quedado vacío el primer clavo, el de las facturas pendientes de pago, la cosa marchaba bien. Se sabía que había dinero para pagar los sueldos de los obreros y de la sidrera, el precio de la manzana para procesar y los impuestos tanto municipales como provinciales. La contabilidad, que era muy sencilla, se la llevaba el contable de la fábrica de curtidos a cambio de un buen lote de botellas de sidra. Los resultados anuales, según mi madre, eran siempre quinientas pesetas, bien de beneficio, bien de pérdida. Pero había un beneficio intangible muy importante: las numerosas bacaladas que se hacían en el transcurso del año, amenizadas con cantos y *bertsos*. Sobre todo los de Sebastián Olaizola, que debían de ser excepcionales.

Mi padre era hijo de Aquilino Rodríguez, que, según dicen, era el hombre más rico de Irún al principio del siglo xx. Murió en el año 1923, y entonces mi padre heredó una séptima parte de esa fortuna, que era mucho dinero. Mi padre fue una víctima de las circunstancias; le sentó muy mal haber nacido rico. A mí me ha venido muy bien haber nacido pobre.

Era un hombre muy inteligente, muy sensible y generoso. Lo demostró al final de su vida cuando, por fin, dejó los negocios y se dedicó a ser el cronista de Irún, escribiendo, entre otras cosas, *Lo que el río vio*, que es una magnífica y bien documentada historia del río Bidasoa.

En esa época del 1923, cuando él heredó, los jóvenes estaban muy influenciados por la cultura norteamericana: los coches en serie, la aviación, los grandes complejos siderúrgicos... Es entonces cuando surgieron los héroes de los “tiempos modernos”. Mi padre quiso emular a esos héroes de la realidad y del celuloide, y se metió en toda clase de negocios. En todos fracasó porque, precisamente, no tenía la vena del promotor, del empresario, como se dice ahora. Tampoco sabía que el dinero se acaba rápidamente, y se quedó sin él.

Entre los muchos negocios que inició estaba el de la sidra achampañada Enara. Pensaba que la sidra, tal como se hacía en Beraun, era una sidra anticuada y que con ella, como ya se había demostrado sobradamente, no se podía ganar dinero. Pensó que había que modernizar el producto para mejor adaptarse a los tiempos.

Mi padre tenía el título de Ingeniero Agrónomo de Beauvais (Francia). Mi abuelo, que llegó a tener doscientos caseríos, creía que con todo ese patrimonio rural

ofrecía a su hijo la posibilidad de desarrollar algún sólido y fructífero negocio. No se daban cuenta, ni mi abuelo ni mi padre, de que si nuestro campo era minifundista sería por alguna razón. Los negocios podían ser buenos, pero los negocios agrícolas, en aquel tiempo, no podían pasar de una escala familiar.

Volviendo a la sidra Enara, mi padre, como ingeniero, invirtió mucho dinero en una instalación moderna que, seguramente y en aquel tiempo, sería modélica, pero desproporcionada para las posibilidades del negocio que iba a desarrollar. Efectivamente, a pesar de una inteligente publicidad y de un cuadro suficiente de comerciales, no vendía como para recuperar los gastos. Tuvo que abandonar el proyecto y liquidar, naturalmente, con grandes pérdidas. A mi padre no le afectó mucho este desastre debido a que el tinglado que había organizado al pretender transformar un modesto negocio tradicional en una moderna empresa no hubiera dado resultado.

Como lo que no le faltaba era imaginación, inmediatamente siguió empleando el dinero que había heredado en otros negocios. Creo que el siguiente fue el Trinquete Ramuntxo, que montó con su amigo Arabolaza para explotar partidos profesionales de trinquete. Todo se pensó bien y aún se puede apreciar la gran cali-

dad del edificio proyectado por el arquitecto, primo de mi padre, Luis Vallet de Montano. Se mantuvo muchos años, pero no se ganaba dinero. Según mi padre, había subido el franco y los pelotaris que tenían que actuar, que eran franceses, salían muy caros.

Inició un negocio de fundición con su cuñado, también ingeniero, Luis Salís. No conozco bien los detalles de esta nueva aventura. Me contó Benito Montes Iturrioz, hermano del pintor Gaspar y también socio de mi padre, que en un momento determinado tuvieron que romper una colada de hierro. Como no podían hacerlo con medios manuales, metieron un petardo de dinamita cuya explosión se oyó en toda la zona y, lo que es más grave, cayeron cascotes fuera del lugar donde estaban trabajando. El Ayuntamiento, pensando que el origen del accidente era el fuerte de Guadalupe, en el que en aquel momento se estaban realizando prácticas de tiro, hizo varias llamadas para que tuvieran más cuidado.

Siguieron los negocios de mi padre. Hizo una importante plantación de patatas en las Peñas de Aya; montó un restaurante muy bonito, también con proyecto de Vallet, en el cabo de Higuer. Pero vino la guerra, en este caso felizmente, y frenó en seco el entusiasmo de mi padre por los negocios.

Yo guardo muy buen recuerdo de mi padre. El “negocio” de los hijos y de la mujer lo llevó de una manera impecable. Era muy divertido, con un gran sentido del humor y muy cariñoso. Cuando éramos niños, nos preparaba actividades muy imaginativas. En Beraun había muchos árboles frutales, y mi padre, al terminar de comer, nos mandaba a todos a tomar el postre al jardín. Tenía una trompeta de caza con la que daba el primer toque, que quería decir que podíamos salir a comer todo lo que quisiéramos; el segundo toque indicaba que teníamos que volver a la mesa del comedor. Mis cuatro hermanas y yo tenemos edades muy próximas, y todos estos movimientos salían muy bien. También recuerdo que durante una temporada, cuando quería castigar a alguno de nosotros, nos obligaba a escuchar algo escrito por él.

A pesar de todos los fracasos económicos que tuvo al principio de su vida de casado, tuvo la suerte de tener a una persona, su mujer, siempre apoyándole, queriéndole e incluso admirándole. Y para nuestra tranquilidad, su último negocio, que fue ser Luis de Uranzu, le salió muy bien.

La sidrería de nuestra casa Beraun desapareció con la Guerra Civil. El pillaje de sus instalaciones y material fue total. Todavía años después aparecía en botellas de

sidra la frase “Lagares de Beraun”, sobre todo en la zona de Oyarzun.

Por documentos antiguos, sabemos que el lagar de Beraun fue también lagar de vino, aunque nosotros no hemos encontrado ningún vestigio material de ello. Únicamente tenemos un plano de la finca, del año 1878, donde aparece un vivero de viña, viña que al parecer se encontraba en la falda donde se situaba la fábrica de Elgorriaga, en pertenecidos del caserío Beraun.

Hoy en día, Beraun es un lugar tranquilo donde vivimos cinco hermanos Rodríguez Salís en nuestras respectivas viviendas. Yo ocupo lo que fue el antiguo lagar. La vieja sidrería y sus instalaciones son actualmente las oficinas de Remelluri, propiedad situada en Labastida (Rioja Alavesa), en donde se elaboran y crían vinos tintos y blancos. Curiosamente, vuelve a haber una vinculación entre un habitante de Beraun y el viñedo.

Confieso que a mí, que he dedicado la mayor parte de mi vida a trabajar en una finca de vino en La Rioja, me halaga mucho constatar esta relación tan antigua con el vino. Si fuéramos más comerciantes, podríamos decir, haciendo un poco de trampa, que el vino Remelluri es más que centenario.